

Beatos Mártires Claretianos († 1936-1937)

Mateo Casals Mas, sacerdote profeso,
Teófilo Casajús Alduán, estudiante profeso,
Fernando Saperas Aluja, hermano profeso
y 106 Compañeros de la Congregación de los Misioneros
Hijos del Corazón Inmaculado de María

Homilía¹

Angelo Card. Amato, SDB

1. «No tenim por» («No tenemos miedo») ha sido el grito de miles de hombres y mujeres en la Plaça de Catalunya tras el cruel atentado islámico del pasado agosto. El terrorismo intenta, con diabólica inventiva de muerte, infundir miedo, pero el pueblo responde a una sola voz: «No tenim por» («No tenemos miedo»). Nadie puede herir al hombre con el miedo y el terror. En el hombre existe un potente antiviral, que es su vocación a la vida y no a la muerte, al amor y no al odio, a la comunión y no a la división, al gozo y no al miedo. El hombre está hecho para amar, para vivir, para gozar. Nada ni nadie puede separar al hombre de la vida y del amor.

Es la respuesta que el apóstol y mártir San Pablo da a los cristianos de Roma, también ellos perseguidos hasta la muerte por ser discípulos de Jesucristo:

¹ Pronunciada en Barcelona el 21 de octubre de 2017 en la basílica de la Sagrada Familia.

«¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,35-39).

2. La historia de la persecución española es la historia del martirio de una iglesia antigua y rica en santidad, es la historia del amor que vence al odio. El amor, de hecho, es más fuerte que el odio, y la vida es más fuerte que la muerte. La persecución religiosa en España durante el siglo pasado fue como una virulenta epidemia de muerte y destrucción, que dejó tras de sí miles y miles de víctimas indefensas e inocentes. Sin embargo, hizo emerger el coraje de miles de mártires, hombres y mujeres, cuya sangre se ha convertido en la savia vital para el dinamismo de la Iglesia española actual.

Frente al diabólico *tsunami* de la persecución, los 109 [ciento nueve] religiosos claretianos reaccionaron con la eficaz arma de la caridad y del perdón. Para aquellos que querían aniquilar la presencia cristiana en España, los mártires respondieron perdonando, orando y gritando: «No tenemos miedo».

El sacrificio de sus vidas fue la semilla de un nuevo cristianismo, más fuerte, más consciente de la verdad del Evangelio, que enseña a amar a los amigos e incluso a los enemigos, porque la única venganza del cristiano es el perdón de los enemigos.

Por ello, la Iglesia celebra a los mártires, no por venganza, sino para volver a proponer hoy, como ayer y como mañana, la eterna ley cristiana de la caridad sin límites. El cristianismo propone una cultura de paz y de fraternidad, no de guerra ni de división. El cristianismo no produce las flores del mal, sino las flores del bien.

3. Los mártires que el Papa Francisco ha beatificado hoy son todos religiosos claretianos, fieles hasta el final a Cristo y a su vocación cristiana y sacerdotal. Se trata de 109 [ciento nueve] testigos heroicos del Evangelio, asesinados entre 1936 [mil novecientos treinta y seis] y 1937 [mil novecientos treinta y siete] en diversas ciudades españolas: Barcelona, Sabadell, Vic, Lérida, Cervera, Valencia, Santander. Como en todos los procesos de beatificación, la Congregación de las Causas de los Santos analiza diligentemente la historia de cada uno de los Siervos de Dios, verificando, con testimonios y documentos, el modo de su asesinato por odio a la fe y su disposición a aceptar con serenidad la muerte.

Quien encabeza el elenco de los mártires claretianos, el padre Mateo Casals Mas, pertenecía a la comunidad de Sabadell, ciudad situada a pocos kilómetros al noroeste de Barcelona. Los Padres estaban siempre disponibles para ayudar a los necesitados y siempre dispuestos a administrar la Palabra de Dios y los sacramentos, según el ejemplo y el carisma del Fundador, San Antonio María Claret. Eran por ello conocidos y apreciados por el pueblo, por su sencillez, su amabilidad, su generosidad y su disponibilidad. Daban un buen ejemplo por su piedad, su buen espíritu religioso y su apasionada obra apostólica.

En julio de 1936 [mil novecientos treinta y seis], cuando estalló la revolución, el instituto y la iglesia fueron entregados a las llamas y los misioneros se dispersaron entre las casas de conocidos. Pero eso no fue suficiente para salvarlos. El padre Mateo Casals Mas, por ejemplo, fue apresado, encarcelado y fusilado al amanecer del 5 [cinco] de septiembre de 1936 [mil novecientos treinta y seis]. Su único delito era ser un sacerdote católico. Según los testigos, el padre Mateo se había preparado para el martirio. En el camino que conducía a su ejecución, varias veces repitió en voz alta: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús!».²

A la comunidad claretiana de Cervera, sin embargo, pertenecen los otros dos mártires que encabezan este numeroso grupo: el estudiante Teófilo Casajús

² *Positio, I, Informatio super martyrio*, p. 110.

Alduán y el hermano coadjutor Fernando Saperas Aluja. En Cervera, en la provincia de Lérida, los claretianos tenían un centro de estudio y formación, ubicado en la antigua universidad de la ciudad. Obligados a abandonarla, primero fueron dispersados, pero después, tras ser apresados, fueron todos asesinados, sin juicio y en algunos casos llegaron incluso a sufrir torturas inhumanas y violencia vergonzosa.

Fueron así martirizados muchos jóvenes claretianos, entre ellos Teófilo Casajús Alduán, con apenas veintidós años. Estudiante de teología, al estallar la persecución, abrazó con serenidad y fortaleza la palma del martirio, derramando su sangre por Cristo. El hermano coadjutor Fernando Saperas Aluja tenía 31 [treinta y un] años cuando fue martirizado el 13 [trece] de agosto de 1936 [mil novecientos treinta y seis] en el cementerio de Tárrega, en la provincia de Lérida.

No faltaron manifestaciones violentas de odio anticatólico, como el desprecio de la corona del rosario, del crucifijo, del cilicio. A un estudiante que recitaba el rosario, los milicianos marxistas le obligaron a tirarlo al suelo y pisotearlo. Ante su negativa, le metieron el crucifijo en la boca, empujándolo hasta el punto de hacerle escupir sangre. Puñetazos y patadas completaron el suplicio. Fueron muchas e inhumanas las agresiones cometidas contra los religiosos. El padre Manuel Jové Bonet, por ejemplo, fue despojado de la sotana y de los pantalones y sometido a un vergonzoso tormento, hasta el punto que los verdugos fueron detenidos solo por un señor consternado por la escena.³

Por un lado, nos contraría el hecho de que, después de las torturas y los asesinatos, los milicianos se jactaban de sus abusos, como si fueran actos gloriosos; por el otro, nos conforta el hecho de que todos los religiosos se comportaron con fortaleza y dignidad e, incluso, con alegría, sin nunca traicionar su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Añadamos que antes del asesinato los milicianos prometían la libertad si los misioneros hubieran abjurado de su fe. Pero ninguno lo hizo.

³ Ib. p. 345.

4. Nos hemos detenido sólo en algunas páginas de los tres grandes volúmenes que contienen la narración documentada del martirio de los 109 [ciento nueve] misioneros claretianos. ¿Qué decir frente a esta moderna masacre de inocentes?

Los cristianos han sido preparados a una eventual persecución y muerte por las mismas palabras de Jesús: «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa» (Mt 5,11); «El que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. [...] El que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10,38-39).

Los mártires claretianos no tuvieron miedo. Estaban dispuestos incluso a sacrificar sus vidas para decirle al mundo, una vez más, que el bien vence al mal, que el hombre – como dice el gran poeta Dante – ha sido creado «no para vivir como brutos, sino para alcanzar virtud y conocimiento».⁴

Los perseguidores de la fe siembran cizaña, pero el campesino sabio recoge la cizaña y la arroja al fuego, mientras que el trigo se convierte en sano alimento para el bien de la humanidad. Los mártires claretianos murieron con el nombre de Jesús en sus labios y con la esperanza en su corazón de entrar en la Jerusalén celestial, donde el Señor «enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor, porque lo primero ha desaparecido» (Ap 21,4).

El cristiano vive de la esperanza. Sabe que el sol brilla siempre en el cielo y que las nubes oscuras y tempestuosas son pasajeras. Sabe que es el bien, y no el mal, quien tiene siempre la última palabra.

Comentando las recientes masacres insensatas del terrorismo, el Papa Francisco ha dicho: «Creemos que en el horizonte del hombre hay un sol que ilumina para siempre. Creemos que nuestros días más bonitos deben llegar todavía. Somos gente más de primavera que de otoño».⁵

La primavera trae consigo flores y frutos, mientras que el otoño es la estación de las hojas muertas.

⁴ *Infierno*, c. XXVI v. 119-120.

⁵ Audiencia general del 23 de agosto de 2017.

Los mártires claretianos nos invitan a ser hombres y mujeres de primavera, portadores de los brotes y las flores de un mundo nuevo, el luminoso mundo de la vida en Dios. También nos invitan a transformar la tristeza en alegría y el rencor en perdón a los enemigos, quienes también están necesitados de redención. Nos invitan, por último, a no tener miedo de permanecer fieles a nuestra identidad cristiana, más aún, a sentirnos orgullosos de ella.

Beatos Mártires Claretianos, rogad por nosotros.